

# El cazador

Albert Sabater Pla

Todos los derechos reservados. Queda prohibido la reproducción total o parcial y por cualquier medio sin autorización expresa y por escrito del autor o editor. Todos los personajes, lugares y situaciones políticas son hipotéticas y producto de la imaginación del autor. No tienen por que guardar relación alguna con la realidad, personajes o personas reales. Situaciones personales, cargos públicos o privados no tienen por que corresponderse con la realidad, ni siquiera existir en esta obra de ficción. Las descripciones científicas y políticas no tienen por que coincidir con la realidad en esta obra de ficción. N° registro de la propiedad intelectual B-1671-19

A mis hijos, gracias a los cuales  
he tardado mas en escribir esta obra.

Os amo.



## I

Cuando Fermín Estrada abrió la portezuela de su vehículo, el inconfundible olor a mar mezclado con el del frío invierno invadió todos los rincones del habitáculo. Se anudó cuidadosamente la bufanda de cashmere que le regaló Alicia por navidad, encajó el sombrero de pana marrón hasta las orejas y salió del coche.

Miró hacia la playa y vio un considerable grupo de gente que se arremolinaba alrededor de lo que sin duda era el cadáver que le habían anunciado por teléfono hacía apenas media hora. Reconoció a un par de técnicos del laboratorio, ataviados con unos buzos de plástico blanco de los que se utilizan para no contaminar las escenas. El resto eran ayudantes del laboratorio y agentes de la policía de uniforme. Echó a andar por la pasarela de maderos perfectamente alineados que conducían a la playa hasta que no tuvo mas remedio que adentrarse en la arena.

- Maldita sea – renegó mirando sus zapatos nuevos. Dudó un segundo, se los desanudó y empezó a andar por la arena con ellos en la mano.

- Buenos días, capitán Estrada – saludó Matías Lorente, el ayudante del forense al verle.

- Buenos días, ¿Qué tenemos? – preguntó sujetando el sombrero para que la brisa no se lo llevara por los aires.

- Pues mucho me temo que la mujer esa que desapareció ayer.

- ¿La rubia?

- La misma. Habrá que confirmarlo con ADN, naturalmente, pero todo apunta a que es ella: Mujer blanca, 1,80 aproximadamente... El color de piel coincide y el tinte...

- ¡Maldita sea! – renegó levantando la mirada hacia el horizonte. Se quitó el sombrero, que sujetó con la misma mano en la que tenía los

zapatos, y pasó la otra por el canoso pelo. Luego volvió a colocarse el sombrero - ¿Habéis procesado la zona? – a lo lejos, un velero acababa de desplegar las velas y empezaba a tomar velocidad sobre las olas, que formaban un rastro de espuma tras de sí.

- Tengo a dos chicos buscando pruebas, han empezado hace poco – dijo señalando a dos hombres que inspeccionaban la arena lentamente con unos detectores de metales – Cuando terminen con eso peinaremos la zona con rastrillos, a ver si aparece algo, pero lo dudo. Apenas había huellas, el asesino es meticoloso, de eso no hay duda.

- ¿No hay testigos? ¿Quién lo ha encontrado?

- Presenciales no, que sepamos hasta ahora. Lo encontró un pescador. Puso las cañas ayer por la noche y esta mañana al salir el sol ha visto algo raro en la arena y se ha acercado.

Estrada se acercó al cadáver para observarlo mas de cerca. Se acuclilló junto al cuerpo.

- Cuando lo encontró el pescador estaba medio enterrado en la arena, y envuelto en una lona atada con cuerdas.

- Es muy atractiva. ¿Dónde está ese pescador?

- Gutiérrez y Lucena lo han llevado a la central.

- ¿Detenido? – se sorprendió al tiempo que abría mucho los ojos.

- No, para que declare.

- ¿Qué puedes decirme por ahora? – preguntó apartando la lona con un bolígrafo.

- Poca cosa, jefe. Parece que no hubo lucha y las marcas de la piel alrededor de la garganta sugieren estrangulamiento. Pero hasta que no le haga la autopsia...

- Está bien. Cuando...

- Cuando tengas el informe, me llamas enseguida – se burló retórico.

- ¡Eso mismo! – dijo con media sonrisa. Se puso en pie. Echó un último vistazo general.

El velero había desaparecido en el horizonte y apenas se distinguían ya las velas. Volvió a su coche. Sacudió los calcetines con parsimonia y se colocó de nuevo los zapatos.

Cuando llegó a la central de la policía, en el antiguo edificio de la compañía Telefónica de la avenida de Roma de Barcelona, dejó el coche en la plaza que tenía reservada en parking subterráneo y fue directamente a la tercera planta, donde los detectives tenían sus despachos.

- Buenos días, Andrea – saludó a la muchacha que estaba tras el mostrador de la recepción.

- Buenos días, Capitán – devolvió el saludo sorprendida de verle.  
- ¿Están Gutiérrez y Lucena?  
- Si... en la sala de entrevistas. Están tomando declaración a un hombre.

- Bien, ¿cual?

- En la dos.

- Gracias, Andrea – dio una palmada en el mostrador y se dirigió hacia la sala con el sombrero y la chaqueta en una mano.

A pesar de que era bastante temprano, casi todas las mesas estaban ocupadas por detectives que estaban trabajando y también se veía a otros mas a través de las puertas de cristal de los despachos.

Cuando llegó a la sala de interrogatorios, abrió la puerta de la habitación aledaña y entró. Un gran cristal permitía observar lo que ocurría en la sala de entrevistas sin ser descubierto. Apretó un botón en el interfono que había en la pared, junto al cristal para escuchar la conversación que mantenían en la sala aledaña.

- ... ya les he dicho que en toda la noche no vi a nadie. Voy a pescar a menudo a la playa de El Prat, y es una zona muy tranquila en invierno – aseguró el hombre con tono de hastío.

- ¿Y cuándo la vio? – preguntó Gutiérrez.

- Al alba. No pesqué nada en toda la noche, estaba aburrido y entumecido de estar quieto en la silla que me llevo para no estar sentado en la arena, así que cuando salieron los primeros rayos de luz fui a caminar un poco. No me separé mas de cien metros de mis cañas, y entonces vi algo extraño en la arena.

- ¿Por qué le pareció extraño? – quiso saber Lucena.

El hombre, un jubilado de unos 68 o 69 años que en cierto modo le recordó al personaje Chanquete, de *“Verano Azul”*, permaneció un momento pensativo, como si no supiera realmente que era lo que le había hecho acercarse hasta el cadáver de aquella mujer.

- Vi lo que parecía un plástico sobre la arena y quise ir a recogerlo para tirarlo a la basura.

- ¿Es usted ecologista? – preguntó Gutiérrez en tono de burla.

- No soy ecologista, lo que pasa es que estoy hasta los cojones de que siempre nos culpen a los pescadores de que ensuciamos la playa – afirmó subiendo el tono a medida que hablaba. Estaba realmente molesto.

- Está bien, está bien... no se enfade, Miguel, le creemos.

- Yo no tengo nada que ver con esa mujer, ni siquiera sé quien es – reiteró cansado.

Estrada pulsó el botón para hablar en el intercomunicador.

- Estrada – dijo en el micrófono

Gutiérrez se levantó en silencio y salió de la sala de entrevistas para entrar en la contigua.

- Hola capitán – saludó al abrir la puerta.

- Ese tipo no tiene nada que ver – afirmó rotundo

- Lo sé capitán.

- Pues intenta averiguar si ha visto a alguien extraño por la zona alguna vez. Este tipo es aficionado a la pesca desde hace tiempo, conoce el lugar. Estoy seguro que conocerá a otros pescadores que quizás le hayan comentado algo. ¡Y luego suéltalo, por Dios!

- Está bien, capitán.

Salió de la estancia y entró de nuevo en la sala de entrevistas.

- Bien, Miguel, terminaremos enseguida – afirmó al sentarse de nuevo en la silla.

El hombre asintió aburrido, temiendo que la cosa iría para rato.

- Estoy cansado, detectives, quiero irme a casa a dormir.

- Lo entendemos – afirmó Lucena amablemente.

- Supongo que hace tiempo que es aficionado a la pesca y conocerá a muchos pescadores. ¿Alguno le ha comentado algo?

- ¿Sobre qué?

- Algo extraño... algún tipo raro por la zona...

- ¿Hay alguien normal en estos días?

Gutiérrez y Lucena cruzaron sus miradas.

- Supongo que no – admitió Lucena – pero volviendo a lo que mi compañero le ha preguntado...

- Nadie me ha dicho nada – interrumpió - ¿Puedo irme ya?

Lucena miró hacia el espejo tras el que estaba Estrada. Esperó unos segundos, y al final dijo:

- Está bien, Miguel, puede marcharse. Muchas gracias por su ayuda.

El hombre resopló, se levantó y dejó que Lucena le acompañara hasta la salida. Estrada entró en la sala de entrevistas donde Gutiérrez estaba recogiendo los papeles del informe del caso.

- ¿Qué hay del marido? ¿Lo habéis interrogado ya?

- No, aún no. Está abajo esperando.

- Pues que suba. ¿Le habéis dicho lo de su mujer?

- No. Le hemos dicho que tenemos que recabar algunos datos mas sobre la desaparición.

- Perfecto. Déjame el informe – Gutiérrez le tendió la carpeta de cartulina – tráelo aquí. Yo mismo le interrogaré.

- Ahora mismo, capitán.



Un cuarto de hora mas tarde, José Miguel de Paz, el esposo de la mujer desaparecida, María José Gutiérrez Zamora, entró en la sala de entrevistas donde Estrada estaba revisando los informes del caso.

- Entre, por favor – se levantó y le tendió la mano. El otro la apretó suavemente, con apenas fuerza – siéntese, por favor.

José Miguel De La Paz era un hombre joven, no contaría con mas de treinta años y bastante atractivo. Era alto y de complexión fuerte. Llevaba el pelo cortado a navaja y ropa de marca bastante cara.

- ¿Saben algo ya de mi esposa? – preguntó sin dilación mientras se acomodaba en la silla.

- Enseguida hablaremos de ello. Antes necesitaré ampliar un poco algunos datos – aseguró señalando la carpeta marrón que descansaba sobre la mesa de acero inoxidable – mi nombre es Fermín Estrada, soy el capitán jefe de la policía.

- ¿Qué datos? – preguntó como si no hubiera escuchado el resto.

- Bien, usted denunció la desaparición de su esposa ayer por la tarde. ¿Es correcto?

- Si.

- Sin embargo, su cuñada, la hermana de su mujer, la denunció por la mañana.

- Si, es correcto – respondió incómodo.

- ¿Por qué?

- Yo decidí esperar a la tarde, me pareció pronto. Aún no llevaba desaparecida ni 24 horas.

- Lo de las 24 horas es en las películas, señor De La Paz.

No respondió.

- ¿Cómo definiría su matrimonio?

- Normal, como la mayoría, supongo. Tenemos nuestros momentos, pero nos llevamos bien.

- Entonces, ¿No había ningún problema entre ustedes? ¿Ninguno que pudiera ser razón para que haya decidido marcharse por su propia voluntad?

- Ninguno, que yo sepa – afirmó con la mirada baja.

- ¿Y usted ha influido de algún modo en esa desaparición?

- ¿Qué insinúa? – preguntó molesto abriendo mucho los ojos.

- El que hace las preguntas soy yo, señor De La Paz – dijo tajante

- ¿Tiene usted algo que ver en la desaparición de María José?

- Nada en absoluto – contestó ofendido.

- Me cuesta mucho hacerme a la idea de que esperara tanto tiempo en denunciar su desaparición. Normalmente un esposo que está preocupado denuncia la desaparición de su mujer lo antes posible. José Miguel De La Paz volvió a guardar silencio.

- Su cuñada declaró ayer por la mañana que entre ustedes había algún problema – dijo mientras miraba una de las hojas del informe.

- Pues no sé exactamente a qué se refiere.

- ¿No es cierto que su esposa había perdido un bebé recientemente?

- Hace año, año y medio.

- ¿No lo sabe con exactitud?

- Hace un año y medio – concretó intentando que el flequillo no le cubriera los ojos

- ¿Y ese tema no ha sido nunca motivo de discusión entre ustedes? Según creo no ha podido volver a quedarse embarazada.

- Ella está empeñada en tener un bebé.

- ¿Y usted no?

- Yo quería tener uno, pero si no puede ser... – admitió levantando los hombros.

- Entonces, ¿a usted le daba igual tenerlo o no tenerlo?

Pensó la respuesta un segundo.

- Yo quería tenerlo, pero cuando perdió el bebé que esperábamos me desanimé bastante.

- Ella insistió e insistió, supongo...

- Si, la verdad es que ella desea tanto tenerlo que se ha convertido en una obsesión.

- En estos momentos mis hombres están registrando su casa. Es el protocolo en estos casos.

- ¿Por qué razón? ¿Acaso soy sospechoso?

- No podemos descartar ninguna vía de investigación, señor De La Paz – afirmó rotundo – y si le soy sincero, hay algunas cosas que no me cuadran.

Llamaron a la puerta.

- ¡Pase! – ordenó Estrada

Gutiérrez entró, le dijo algo al oído y volvió a salir.

- Bien, lamento comunicarle que hemos encontrado el cadáver de su esposa. Acabamos de confirmar por huellas su identidad.

- ¡No es verdad! – su cara se transformó de pronto, los ojos se llenaron de lágrimas y empezó a temblar – quiero verla. ¿Dónde la han encontrado?

- En la Playa de El Prat, frente al aeropuerto, medio enterrada en la arena.

- ¿Quién la ha matado? ¿Ya saben quién ha sido? – preguntó desesperado.

- Aún no lo sabemos, pero lo estamos investigando.

- ¿Por esta razón están registrando mi casa?

- Ya le he dicho que es el protocolo.

La preocupación del marido por el registro de la casa llamó poderosamente la atención de Estrada, sobretodo por la insistencia incluso después de anunciarle el hallazgo del cadáver de su mujer.

- ¿Cuándo podré verla? – preguntó recolocando de nuevo el flequillo

- Aún le están realizando la autopsia, cuando terminen. Tendrá que quedarse aquí aún un poco mas.

El teléfono de Estrada recibió un mensaje.

- En su casa han encontrado una cuerda parecida a la que usaron para atar el cadáver – Le mostró la imagen que había recibido en el teléfono.

- Esa cuerda la compré para atar al perro. Vivimos en una urbanización y la compré para atarla entre dos árboles y que pudiera proteger la parte del muro que da a la calle.

- En el garaje han encontrado diversos utensilios y productos de limpieza que han sido utilizados recientemente.

- Ayer estuve lavando el coche.

- Al parecer, según el equipo del laboratorio se trata de productos químicos para tapicerías.

Estrada notó como poco a poco se ruborizaba.

Volvieron a llamar a la puerta. Entró de nuevo Gutiérrez e hizo señales a para que saliera. Estrada asintió levemente, se levantó y salió fuera sin decir nada.

- La hermana de la víctima está aquí – Dijo al cerrar la puerta para que De La Paz no le oyera.

- Está bien, ahora voy con ella. Avisa a un agente para que custodie al figura este.

- Ahora mismo. Por cierto, el equipo del laboratorio me acaba de informar que han encontrado unas manchas en los asientos traseros del vehículo de De La Paz.

- ¿Qué tipo de manchas?

- No lo sé, las han llevado al laboratorio, cuando sepan algo me han dicho que le avisarán enseguida.

- Está bien.

Gutiérrez desapareció por el pasillo y Estrada volvió a entrar en la sala.

- Va a tener que quedarse hasta que reciba el resultado de unas pruebas – afirmó solemne al entrar.

- ¿Estoy detenido? – preguntó turbado.

- De momento solamente custodiado – llamaron a la puerta – este debe ser su “protector” – dijo con sorna. Abrió la puerta y entró el agente.

Cristina Gutiérrez Zamora, hermana de la fallecida encontrada en la playa de El Prat, era una mujer tanto o más atractiva que la propia víctima. Aunque era cinco años mayor, y ya había entrado de lleno en la cuarentena, su rostro apenas mostraba arrugas o marcas que delataran su edad. Los ojos eran casi idénticos a los de su hermana, castaño claro, su piel morena y el pelo rubio claro. Las mejillas eran sonrosadas y su figura delgada a la vez que esbelta.

Cuando Fermín Estrada, abrió la puerta de la sala de entrevistas, no pudo disimular su asombro ante la belleza y elegancia de aquella mujer. Vestía un traje chaqueta marrón claro y una blusa blanca perfectamente almidonada, casi hasta el punto del acartonamiento. Sobre la mesa de acero inoxidable, idéntica a la de la sala en la que se encontraba el esposo de la víctima, descansaba un elegante bolso de piel negra con el logotipo de una cotizada marca de moda.

- Señora Gutiérrez, soy el Capitán Fermín Estrada.

- Señorita, capitán Estrada, no estoy casada.

- Disculpe, señorita Gutiérrez. Antes de empezar quiero transmitirle mi más sentido pésame, en mi nombre y en el de la policía.

- Gracias, capitán.

Estrada se sentó frente a ella.

- Como le han informado, hemos encontrado el cadáver de su hermana parcialmente enterrado en la playa de El Prat, cubierto por una lona y atada con una cuerda.

- Si, el detective Lucena y el detective Gutiérrez me han informado de ello – sacó un pequeño pañuelo blanco de tela de su reducido bolso.

- Bien – dijo echando un vistazo a la carpeta del informe – Usted denunció la desaparición de su hermana ayer por la mañana, sobre las diez. En cambio su cuñado, el marido de su hermana, no lo hizo hasta la tarde del mismo día. ¿A qué cree que es debido?

- No lo sé, capitán – dijo pensativa – lo cierto es que no llego a comprenderlo. Cuando supe que había desaparecido, le dije que lo denunciara al momento, pero se negó. Dijo que había que esperar veinticuatro horas, que era lo que ustedes nos dirían si acudíamos antes.

- Ya... a mí me ha soltado el mismo cuento... ¡Maldito CSI!

- ¿Disculpe? – preguntó desconcertada

- Cosas más – respondió distraído con la vista en el informe – ¿Hay alguna razón por la que crea que su hermana pudiera haber desaparecido y haya sido asesinada?

- No lo sé – dijo colocando el pañuelo bajo su nariz.

- ¿Se llevaban bien su hermana y su esposo?

- En general sí, pero como usted sabe: cada casa es un mundo – afirmó gesticulando con la mano que sujetaba el pañuelo – solo hay una cosa que pueda tener alguna relación. Anteayer, es decir, el día antes de su desaparición, me llamó por la noche muy alterada y me dijo que tenía algo que contarme, pero que prefería hacerlo en persona.

- ¿Y llegó a contárselo?

- No. Habíamos quedado para comer el día de su desaparición. La llamé por la mañana para confirmarlo y al ver que no respondía fue cuando se lo dije a José Miguel.

- ¿Tiene idea de que podía tratarse?

- No, ni la mas mínima, pero cuando me dijo que necesitaba hablar conmigo la noté muy preocupada, casi angustiada.

Estrada guardó silencio por un momento.

- Bien, no la molesto mas. Ha sido usted de gran ayuda. Si recuerda algo que crea que puede ayudarnos, póngase en contacto conmigo – dijo deslizado una tarjeta sobre la mesa. La mujer la cogió delicadamente y la metió en aquel diminuto bolso de mano.

Estrada se levantó y la acompañó hasta la recepción, donde tomó el ascensor que la llevaría a la salida. Luego tomó otro para ir al laboratorio.

Mauricio Santamaría, el forense que estaba cosiendo el cuerpo sin vida de María José Gutiérrez Zamora cuando Estrada entró en la morgue, era un hombre de mediana edad, bastante alto y en bastante buena forma física. Practicaba deporte a menudo con Estrada, con quien había entablado una amistad años atrás fuera del cuerpo policial.

- Buenos días, Mauricio. ¿Qué tienes? – Preguntó al entrar en la sala.

- He terminado de examinar a la víctima.

- ¿Tienes ya el informe?

- ¡Por Dios, Estrada! Si acabo de cerrarla – se quejó tras dejar una aguja curva sobre una bandeja de aluminio que tenía a su lado

- Si, si... pero lo necesito urgente – insistió – Tengo al marido retenido arriba y necesito algo para detenerle. Ese tipo no me gusta en absoluto, sé que esconde algo, pero no sé de qué se trata...

- Por el momento puedo adelantarte que ha sido estrangulada. Tiene débiles moratones detrás de los oídos que se acentúan alrededor del cuello, rotura del hueso hioides y cartilagosas de la glotis.

- ¿Quieres decir que la ha estrangulado un niño?

- Yo pensaba mas bien en alguien pequeño, mas bien alguien de baja estatura y complexión menuda – afirmó pensativo – pero no un

niño. Es alguien que debe tener la fuerza de un adulto, aunque físicamente se parezca a un menor. Podría incluso tratarse de una mujer... una mujer con manos pequeñas, naturalmente.

- Eso concuerda con el marido, es un tipo con las manos pequeñas para su aspecto general ¿Alguna cosa mas?

- En su garganta he encontrado un billete de cinco euros perfectamente doblado.

- ¿Un billete? Ese tipo está mas loco de lo que pensaba

- Eso te lo dejo a ti... – sonrió Santamaría

- Muy amable – respondió con guasa – ¿Algo mas?

- Si, no hay marcas de ligaduras en las muñecas, ni heridas defensivas por lo que probablemente haya sido drogada. Ya he mandado las muestras de sangre al laboratorio. Tendrás que ir a preguntarle a esa morena con la que te relacionas para saber la respuesta – bromeó.

- Mira que eres capullo – rió – ¿Algo mas?

- Nada mas por ahora – Contestó Santamaría guiñando un ojo – ahora sal de mi sala de autopsias y vete a dar por culo a otro

Salió de la sala de autopsias y subió a la primera planta, donde estaba el laboratorio.

- Buenos días, Núria. ¿Está la jefa?

- En su despacho, capitán – respondió la joven ayudante.

- Gracias – continuó caminando hasta su despacho, que se encontraba al fondo del laboratorio tras una puerta de cristal. Toco tres veces y abrió despacio.

La doctora Alicia Canales era una mujer alta y delgada, con una larga melena negra rizada. Hacía pocos meses que había abandonado la treintena, no obstante, aparentaba menos edad de la que tenía.

- ¿Qué tal, capitán Estrada? – preguntó con una amplia sonrisa que mostró casi todos los dientes.

- No tan bien como tu, Doctora Canales – bromeó.

- Tengo algo para ti.

- Espero que sea lencería y que la laves puesta – rió.

- Mira que eres tonto... me refiero a lo que esperas del laboratorio. La sangre de la víctima – miró el informe – María José Gutiérrez Zamora ha dado positivo en Escopolamina.

- ¿Qué cantidad?

- La suficiente para dejarla sin conocimiento un buen rato

- Lo suponía... Esa pobre mujer no tuvo ninguna oportunidad.

- Y de las manchas de la tapicería del vehículo?

- Aún no tengo nada, pero sí puedo decirte que han usado disolventes por lo que el ADN estará alterado.

- ¡Mierda! – renegó.

- Mis chicos siguen buscando, no te desesperes.

- Tengo arriba al marido... Sospecho de él. No es trigo limpio... lo sé – dijo pensativo.

- Siéntate, anda...

Estrada separó la silla que había frente el escritorio de cristal de su esposa y se sentó.

- Sé que este tipo esconde algo... Aún no sé si es capaz de matar a su mujer, o... a alguien... pero sé que esconde algo...

- Tendrás que dejarlo ir... – se quitó las gafas negras de pasta y las dejó sobre la mesa

- Lo sé... y eso me toca mucho las pelotas – admitió mientras miraba al techo.

- Ponle seguimiento, pincha sus teléfonos...

- Ya he dado las órdenes. Cuando lo soltemos nos va a tener pegados al culo.

- Bien, pero olvídate de Martínez, ya sabes que tiene el sueño profundo y que se queda “sobao” en todos los seguimientos.

- No – recordó divertido – a Martínez hay que darle algún trabajo que lo mantenga en movimiento.

FIN DEL CAPÍTULO DE CORTESÍA.

Puede adquirir el libro completo en:

[www.sabaterpla.cat](http://www.sabaterpla.cat)

o en Amazon

<https://www.amazon.es/dp/B07V5JQFVM>

DISPONIBLE EN PAPEL Y FORMATO DIGITAL.